

CAPÍTULO 14

La globalización contrahegemónica: los movimientos sociales transnacionales en la economía política global contemporánea *

Cuando se habla de «globalización,» normalmente nos referimos al sistema prevaleciente de dominación transnacional, que podríamos llamar de forma más precisa «globalización neoliberal,» «globalización corporativa,» o tal vez «globalización neoliberal dominada por las corporaciones» (McMichael 2000, cap. 29). A veces, al hablar de globalización se piensa en un proceso más genérico, el de empequeñecimiento del espacio y la permeabilidad creciente de las fronteras, producto de los costes decrecientes del transporte y de cambios revolucionarios en las tecnologías de la comunicación. A menudo ambos sentidos se entremezclan¹.

En gran parte del discurso actual sobre la globalización está implícita la idea de que el sistema concreto de dominación transnacional que experimentamos en nuestros días es «natural» (de hecho, inevitable), consecuencia de cambios generales exógenamente determinados por los medios de transporte y las comunicaciones. Un número creciente de obras académicas en las ciencias sociales y de argumentos elaborados por los activistas desafía esa presunción. En vez de reconocer la «inevitabilidad» del proceso, defienden que el crecimiento de las conexiones transnacionales puede ser potencialmente controlado para establecer una distribución más equitativa de la riqueza y del poder, creándose comunidades más sostenibles social y ecológicamente. A partir de esas ideas, estos trabajos académicos y los argumentos de activistas plantean la posibilidad de lo que podría llamarse la «globalización contrahegemónica». Los activistas que abrazan estas ideas han creado un conjunto polifacético de redes transnacionales y de estruc-

* Me gustaría agradecerles el apoyo y la paciencia a los editores y los invaluable comentarios a Michael Burawoy, Hwa-Jen Liu, Simone Pulver, Sarah Staveteig, Millie Thayer, Anna Wetterberg, Jodi York y a los dos lectores externos anónimos. De los errores por omisión, comisión o conceptuales soy el único responsable.

¹ La definición de Stiglitz (2002, 9) es una ilustración de lo que decimos: «Fundamentalmente, es la integración más estrecha de los países y pueblos del mundo ocasionada por la enorme reducción en los costos de transporte y comunicación, y el desmoronamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capital, conocimiento y personas (en menor medida) entre fronteras». Al ver las nuevas normas comerciales como instrumentos que simplemente eliminan «barreras artificiales», naturaliza la globalización. Y ello a pesar de que posteriormente su análisis denuncia algunas de esas nuevas normas –por ejemplo, la liberalización de las cuentas de capital– como muy «artificiales» y económicamente peligrosas de hecho.

turas ideológicas que se enfrentan a la globalización neoliberal contemporánea. Colectivamente, a esas redes se las conoce como «movimiento por la justicia global». Tanto para los activistas como para los teóricos, este movimiento se ha convertido en uno de los antídotos políticos más prometedores frente a un sistema de dominación que únicamente se considera eficaz en su capacidad para mantenerse en el poder.

Aunque el crecimiento del número de afiliados y la influencia política de los movimientos sociales transnacionales es difícil de medir, la proliferación de su reflejo institucional formal –las ONG transnacionales– está bien documentada. Su número se dobló entre 1973 y 1983, y se volvió a doblar entre 1983 y 1993 (Sikkink y Smith 2002, 31). Tal vez, incluso, más importante que su crecimiento cuantitativo sea su capacidad para capturar la imaginación de la oposición a la globalización hegemónica. De las imágenes prototípicas de Seattle a la difusión universal de la idea del Foro Social Mundial de que «otro mundo es posible», el impacto ideológico y cultural de estos movimientos ha comenzado a rivalizar con el de sus adversarios corporativos.

A medida que estos movimientos han crecido, un cuerpo igualmente variado de obras académicas en las ciencias sociales ha empezado a analizar, empírica y teóricamente, las posibilidades de que un movimiento contraglobalización pudiera beneficiarse de las capacidades tecnológicas asociadas con la globalización general, y pudiera volver contra sí mismas las estructuras organizativas e ideológicas de la globalización neoliberal, subvirtiendo sus normas excluyentes de gobernabilidad y su lógica de asignación de recursos. De todas formas, como cabía esperar, ese trabajo académico no ha experimentado un crecimiento similar al de los movimientos sociales.

Cualquier teorización adecuada de la globalización contemporánea debe incluir un análisis de los movimientos de oposición antisistema. Sin embargo, con unas cuantas excepciones², los debates acerca de los movimientos de oposición se «quedan anclados» al final en un análisis cuya teoría se expresa primordialmente en los términos de la globalización neoliberal. Sea en los novedosos análisis de la globalización contemporánea, como el que hacen Hardt y Negri (2000), o en las revisiones enciclopédicas como las de Held et al. (1999), a la estructura y la dinámica de los movimientos contraglobalización se les otorga sólo una fracción de la atención teórica que se le presta a las estructuras de dominación.

Un análisis cuidadoso de los movimientos contraglobalización es esencial para comprender la dinámica de la política contemporánea. Sin un análisis de la organización y de las estrategias de los movimientos sociales

² Por ejemplo, Boswell y Chase-Dunn (2000); Gill (2002); McMichael (2005).

transnacionales, nuestra comprensión de la política de las instituciones para la gobernabilidad global, como la Organización Mundial de Comercio (OMC), los gemelos de Bretton Woods* y el sistema de Naciones Unidas (NU), está incompleta³. Lógicamente, los Estados-nación toman cada vez más en cuenta las reacciones de los movimientos transnacionales contraglobalización cuando operan en la esfera internacional.

El análisis de los movimientos transnacionales también se hecho progresivamente más importante para la comprensión de lo que anteriormente se hubiera considerado política «doméstica». Cuestiones políticas controvertidas a nivel nacional se ven afectadas crecientemente por cuestiones y movimientos globales, en el Norte y en el Sur. La teorización de los movimientos sociales no puede completarse sin considerar plenamente las consecuencias de las experiencias transnacionales⁴. Los conceptos como «alineamiento estructural» y «movilización de recursos» tienen un significado distinto cuando la «sociedad» a la que se refieren se compone de agrupaciones interconectadas de unidades políticas nacionales que varían radicalmente en sus recursos materiales y bases culturales⁵.

Las motivaciones políticas, analíticas y prácticas para centrarse en los movimientos sociales transnacionales de oposición se refuerzan todavía más como consecuencia de la decepción creciente con la actual versión hegemónica de la globalización. La predicción de Margaret Thatcher de que «no hay alternativa» se hace cada vez más difícil de aceptar, y la idea de que pudiera existir una globalización «contrahegemónica» se hace progresiva y simultáneamente más atrayente.

GLOBALIZACIÓN HEGEMÓNICA FRENTE A GLOBALIZACIÓN CONTRAHEGEMÓNICA

A pesar de la visibilidad y el fervor de sus defensores⁶, la globalización neoliberal ha demostrado ser una gran desilusión para el ciudadano común, no sólo en la periferia del Sur Global, sino también en el centro industrial rico. Es sorprendente que destacados economistas del desarrollo, de los que cabría esperar que fueran sus más fervientes promotores⁷, sean críticos severos de la globalización neoliberal y de sus instituciones de gobierno. El texto de McMichael (2000) nos explica esas desilusiones en

* El FMI y el Banco Mundial. (N. del T.)

³ Véanse Fox y Brown (1988); Evans (2000); O'Brien (2000); Wade (2001).

⁴ Cfr. McCarthy (1997); Tarrow (2001); (2002); Khagram, Riker y Sikkink (2002); Smith y Johnston (2002).

⁵ Cfr. Snow (1986); Benford (1997); McAdam, Tarrow y Tilly (2001).

⁶ Por ejemplo, Tom Friedman.

⁷ Por ejemplo, Rodrik, Sachs, Stiglitz.

detalle en el capítulo 29 y no hay ninguna necesidad de reiterarlas aquí punto por punto, aunque conviene recordarlas brevemente.

La globalización neoliberal ha traído consigo una volatilidad financiera global que destruye la capacidad productiva (sin estimular la creatividad que Schumpeter consideraba esencial en el progreso capitalista). En lugar de acelerar la mejora de los estándares de vida de la mayoría de la población del mundo, la globalización se ha visto asociada con tasas de crecimiento lentas⁸; a menudo ha puesto en peligro el suministro de bienes colectivos esenciales como la salud pública, la educación y el medioambiente sostenible, y ha exacerbado la desigualdad entre naciones a un nivel destructivo para la solidaridad social básica.

Mientras genera una proliferación de regímenes electorales y celebra la «democracia» en abstracto, la globalización neoliberal ha recortado la posibilidad del control democrático de las políticas estatales, y ha aislado las decisiones políticas más fundamentales hasta de un simulacro de control democrático. Ha producido recurrentemente efectos corrosivos en cualquier sentido de autoestima que se base en la cultura, la diferencia o la identidad locales. Finalmente, se la asocia con un regreso del espíritu aventurero militarista, cuyos efectos destructivos potenciales futuros asusta contemplar.

A pesar de sus fracasos, pocos de nosotros negaríamos que la globalización neoliberal sigue siendo «hegemónica», en el sentido gramsciano de combinar, por un lado, una visión ideológica de «lo que existe en interés de todos», y que se acepta mayoritariamente como «sentido común», aun por los grupos subordinados y sin privilegios, con la capacidad efectiva de aplicar la coerción, por otro lado, cuando quiera que es necesario para preservar la distribución existente de privilegios y exclusión. Llamar a esos movimientos «contrahegemónicos» implica, por tanto, que tienen el potencial de socavar el poder ideológico de la hegemonía existente y de amenazar la distribución establecida de los privilegios (y la exclusión)⁹. Igualmente, la «globalización contrahegemónica» implicaría construir una economía política global que usara el empujamiento del espacio y la facilidad de la comunicación transfronteriza para mejorar la igualdad, la justicia y la sostenibilidad, en lugar de intensificar las formas existentes de dominación.

⁸ Cfr. Easterly (2001).

⁹ Ello no quiere decir que deba entenderse que mi uso del término «contrahegemónico» implica un compromiso con el desmantelamiento total del actual sistema de mercado global. Aunque podríamos imaginar que tener éxito en la consecución de los cambios que estos movimientos defienden podría en última instancia producir una ruptura «revolucionaria», sus exigencias más inmediatas son que se hagan «reformas» entre ellas retomar formas anteriores de regulación capitalista del mercado. Mi uso de la palabra «contrahegemónico» es, por tanto, muy distinto de la forma en la cual Gramsci podría haber usado el término, aunque evidentemente nunca lo usó. Véase Gramsci (1999).

Para cualquiera que comparta, aunque sea parcialmente, la desilusión con la globalización neoliberal, la perspectiva de una globalización «contrahegemónica» es llamativa. No puede causar sorpresa que el análisis de los movimientos transnacionales y sus implicaciones teóricas tengan un interés creciente para los activistas y sociólogos políticos. Desgraciadamente, la preocupación por el descubrimiento de nuevos agentes del cambio social crea también la tentación de exagerar las virtudes y el poder de los grupos existentes, y de sus redes e ideologías.

El primer paso hacia una comprensión real del poder potencial de aquellos que se oponen a la globalización neoliberal es evitar las afirmaciones exageradas y poco realistas sobre sus virtudes o su eficacia. Debe reconocerse que dentro del «movimiento antiglobalización» hay un porcentaje de nihilistas irresponsables. Debe reconocerse también que algunas de esas visiones alternativas pueden ser incluso peores que la actualmente dominante. Es completamente posible que aquellos que se oponen al capitalismo global dominado por Occidente tengan una visión más opresiva, autoritaria e intolerante que la del neoliberalismo, como demuestra Al Qaeda. Así mismo, la «antiglobalización» proporciona un barniz «moderno» muy conveniente a una multitud de agendas reaccionarias de viejo corte.

La etiqueta de «globalización contrahegemónica» tampoco se aplica a la totalidad del «movimiento por la justicia global.» Algunos grupos con fines inspirados por una visión de la equidad, de la dignidad humana y de las relaciones sostenibles con el medioambiente pueden rechazar la posibilidad de una versión progresista de la globalización. En lugar de una globalización contrahegemónica, estos grupos desharían, si pudieran, los efectos de la globalización en su conjunto e instaurarían, de alguna forma, un mundo en el que el poder y los valores pudieran definirse exclusivamente a partir de circunstancias locales.

Sin embargo, irónicamente, hasta la celebración del poder y la cultura locales no pueden escapar de la necesidad de construir algún tipo de «globalización contrahegemónica.» Aun aquellos más comprometidos con el rechazo a la dominación de los universalismos modernos terminan usando redes e ideologías globales. Se invocan los derechos universales de los ciudadanos para defender los chadores que llevan en la cabeza las mujeres musulmanas (Soysal 1994). Las redes transnacionales se movilizan para preservar los días de ayuno de comunidades locales (Levitt 2001). Internet tuvo un papel fundamental en la defensa zapatista de su autonomía local (Schulz 1998).

También es cierto lo contrario. Al igual que la defensa de la diferencia y la búsqueda del poder locales exigen estrategias y conexiones globales, los movimientos sociales transnacionales deben tener raíces sociales locales. Sin la promesa de atender los problemas de la gente común en aque-

llos lugares en los que viven, los movimientos transnacionales carecen de base y su capacidad de desafiar al poder establecido se reduce. Si las estrategias globales de las corporaciones dependen de poder crear consumidores desarraigados, incapaces de acción colectiva alguna, las estrategias contrahegemónicas dependen de lo contrario. No es sorprendente que los participantes en las campañas transnacionales sean a menudo los que Tarrow (2003) llama «cosmopolitas con raíces», personas cuyo activismo comienza con sus vínculos con las comunidades locales, y que se guían por su deseo de mejorar la situación del conjunto de los miembros de esas comunidades. En la contraglobalización hegemónica es fundamental una dialéctica constante entre estrategias que le hablan a las raíces locales y estrategias que impulsan conexiones globales.

La forma más poderosa y desafiante de la dialéctica entre lo global y lo local es la división entre Norte y Sur que se ha inscrito en la estructura de la economía política global durante quinientos años, y que se ha exacerbado a causa de la globalización neoliberal. Esta división se incorpora dentro de las estructuras globales de poder económico y cultural, públicas y privadas. Si los movimientos sociales transnacionales no pueden encontrar una forma de trascender esa división, su efectividad política se verá irremediablemente comprometida.

Existen algunas precauciones mínimas que deben adoptarse si se quiere realizar un análisis útil de los movimientos sociales transnacionales que están involucrados en la globalización contrahegemónica. El análisis debe cubrir las motivaciones políticas y los fundamentos sociales estructurales conjuntamente con las estrategias, estructuras y acciones transnacionales. Debe reconocer también que las condiciones locales de vida son fundamentalmente diferentes dependiendo de en dónde se localicen en nuestro mundo, radicalmente dividido. Aún más importante es que el deseo por descubrir nuevos agentes poderosos del cambio social debe equilibrarse con un escepticismo desapasionado.

Exagerar el poder transformador de estos grupos, cuyos esfuerzos por construir redes globales antisistema están arraigados en una concepción de la equidad y la dignidad, es un error tan grave como pretender que el movimiento antiglobalización es inocente de la acusación de contribuir a proyectos reaccionarios y siniestros. Cuando se exagera el poder de los movimientos transnacionales, se les hace un flaco favor a ellos mismos y a los ciudadanos comunes que buscan alivio de los desengaños de la globalización neoliberal. A veces, el «poder blando» (Sikkink 2002) puede enfrentar exitosamente la «dominación fuerte», pero la hegemonía actual de los agentes globalizadores corporativos se encuentra sostenida por un despliegue completo de dispositivos culturales e ideológicos, y por un conjun-

to muy sólido de instrumentos coercitivos. No será fácil romperlos, ni siquiera por los movimientos sociales transnacionales más creativos y mejor organizados. Para poder tener efectos reales, estos movimientos deben ser primero capaces de generar corrientes poderosas que impulsen el cambio normativo, y usar entonces esa ventaja ideológica para transformar las estructuras fuertes del poder económico y político establecido. Ésta es una misión difícil.

Aunque aceptemos plenamente sus defectos y limitaciones, la proliferación de movimientos sociales transnacionales con un programa de globalización contrahegemónica sigue siendo uno de los temas más excitantes en la práctica y teóricamente más excitantes de la sociología política contemporánea. Tanto si el actual movimiento por la justicia global es capaz de hacer posible un «mundo distinto» como si no, analizar en la teoría y en la práctica su naturaleza y sus implicaciones debería formar parte central del programa de la sociología política contemporánea.

LAS NUEVAS BASES ORGANIZATIVAS DE LA GLOBALIZACIÓN CONTRAHEGEMÓNICA

Este apartado se tratarán tres movimientos sociales transnacionales que persiguen la globalización contrahegemónica: los movimientos obreros, los movimientos de las mujeres y los movimientos medioambientalistas. Cada uno de éstos enfrenta los dilemas de usar las redes transnacionales para aumentar el poder de los movimientos locales sin redefinir sus intereses, de trascender la división entre Norte y Sur, y de recurrir a las estructuras existentes de poder global sin convertirse en su cómplice. Estudiar al mismo tiempo los tres movimientos es útil porque permite destacar las formas en las que la superación de estos desafíos puede llevar a estrategias comunes y posibilidades de alianzas entre ellos.

Antes de embarcarnos en el análisis de estos movimientos, me gustaría centrarme brevemente en dos organizaciones destacadas que aparecen como plausibles agentes futuros de la «globalización contrahegemónica»: la Association pour la Taxation des Transactions Financières pour l'Aide aux Citoyen (ATTAC) y el Foro Social Mundial (FSM). Si Seattle y las manifestaciones posteriores habituales en la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el G-7 y el Foro Económico Mundial son las imágenes favoritas de la «antiglobalización» en los medios de comunicación, la ATTAC y el FSM son los paradigmas de organizaciones que están diseñadas explícitamente para construir grupos de redes transnacionales que pretenderían transformar la globalización neoliberal en una imagen inversa de la misma, orientada hacia la protección de lo social, con un mercado subordinado a la política y respetuosa de las diferencias.

Cuando se observan esas redes se ven con más claridad las novedosas formas organizativas cuya aparición ha sido estimulada por la globalización neoliberal. Al mismo tiempo, se destaca que la globalización contrahegemónica se apoya en los movimientos sociales ya establecidos desde hace largo tiempo y en sus «tropas» ideológicas. Para ambas cosas nos proporcionan el trasfondo ideal con el cual poder analizar la manera en la que el movimiento obrero, los movimientos transnacionales de mujeres y el movimiento medioambientalista global facilitan una infraestructura, arraigada socialmente, que permita reconfigurar la globalización, y también suponen un reto a las obras académicas contemporáneas de la sociología.

Ningún estudio de la globalización contrahegemónica puede evitar examinar la ATTAC. Probablemente, más que ninguna otra organización individual encarna la proposición de que, frente al poder ostensible de la globalización contrahegemónica, la agencia humana sólo requiere imaginación ideológica y organizativa. Sin embargo, la ATTAC es una organización curiosa y, a primera vista, parecería improbable que pudiera cumplir con ese papel. Su nombre, *Association pour...*, nos sugiere algún tipo de organización opaca, condenada al mundo de lo gris. Todavía peor es que el nombre refleja de hecho el interés central de la ATTAC por apoyar la llamada «tasa Tobin»* (en sí una idea relativamente esotérica perteneciente a la mecánica de la globalización neoliberal). Su lugar de origen, Francia, un medio político «antiglobalización» por excelencia, se caracteriza mucho más por su chauvinismo que por su solidaridad global, lo que hace de la asociación un candidato aún más improbable para convertirse en el promotor paradigmático de la globalización «contrahegemónica». Si los orígenes de la ATTAC la convierten en un candidato muy peculiar para representar a las organizaciones defensoras de la «globalización contrahegemónica», su éxito a la hora de generar una red de organizaciones hermanas políticamente activas en todo el mundo es innegable¹⁰. Por ello, estudiar brevemente la ATTAC es una forma de comprender la ideología y las estrategias de dicha globalización.

El mejor análisis de la ATTAC lo ha realizado Ancelovici (2002). En opinión de este autor, la ideología de la ATTAC se identifica esencialmente con un «estatismo asociativo», que presupone dos estrategias que intentan reafirmar la primacía de las decisiones sociopolíticas frente a la dominación creciente de los mercados globales. Por un lado, se observa un afecto muy tradicional (y francés) por el poder regulador del Estado-nación. Por

* Una propuesta de imponer un impuesto al movimiento transnacional de capitales realizada por el economista James Tobin en 1971. (N. del T.)

¹⁰ Cfr. <http://attac.org/indexen/index.html>.

otro lado, se rechaza el control que tienen los partidos, las burocracias o las asociaciones representativas del proceso de adopción de decisiones en lo público y lo político, en beneficio de estructuras participativas con base local.

En pocas palabras, el análisis de la ATTAC nos sugiere que las bases políticas de la «globalización contrahegemónica» contienen una combinación de «liberalismo socialmente solidario» (con su énfasis en la protección social asentada con firmeza dentro del Estado-nación) con formas de democracia participativa de la «nueva izquierda». El FSM, una de las formas organizativas más importantes de «globalización contrahegemónica» del Sur, confirma esta perspectiva.

Sería una caricatura incompleta proponer que, en sus orígenes, el FSM –que hoy en día sería probablemente la aglomeración singular de mayor tamaño de organizaciones y activistas del Sur– comenzó siendo como una especie de proyecto compartido entre la ATTAC y el Partido de los Trabajadores (PT) brasileño. Puesto que la visión fundacional de los organizadores del PT era la de que fuera un partido político clásico, marxista, de movilización de masas, la participación del PT en el FSM es solamente una confirmación más de hasta qué punto la «globalización contrahegemónica» tiene sus raíces simultáneamente en las luchas cotidianas por la dignidad y la seguridad en el lugar de trabajo, y en los programas políticos clásicos de protección social¹¹, en los cuales la maquinaria del Estado-nación se encuentra fuertemente involucrada¹².

La observación no sistemática de alguien que participara en el FSM de Porto Alegre confirmaría esta idea. El hecho de que el PT controle la administración municipal de una ciudad importante, y de que haya controlado (hasta las elecciones de 2002)* el Gobierno del Estado de Acre ha sido esencial para permitir las inversiones en infraestructura que hacen posible la reunión global de miles de participantes y de cientos de grupos de oposición provenientes de todo el globo. Al mismo tiempo, y parcialmente debido al apoyo institucional del PT, los sindicatos de trabajadores locales y transnacionales desempeñan un papel protagonista en el FSM.

Todo ello nos indica que la globalización contrahegemónica no es tan «posmoderna» como sus seguidores (y detractores) defienden en ocasiones. Al contrario, el rescate de los tradicionales programas democráticos y sociales, que estarían en riesgo de desaparecer arrastrados por la marea de la globalización neoliberal si no fuera por estos movimientos, es una parte

¹¹ Al estilo Polanyi (2001).

¹² Véase McMichael (2000, cap. 29).

* El PT controló el ayuntamiento hasta el año 2005, en el que pasó a manos de un alcalde del Partido Popular Socialista. (N. del T.)

significativa de la globalización contrahegemónica, como «un ropaje nuevo para viejas ideas». La gama de esos variados movimientos sociales transnacionales que deben estudiarse en cualquier relato sobre el tema incluyen movimientos con formas organizativas y propuestas ideológicas que son novedosas y refrescantes comparadas con las de los antiguos agentes del «liberalismo solidario» (de hecho, la ATTAC y el FSM se encuentran entre aquellas).

Esta unión de novedad y tradición es una de las características más interesantes de la globalización contrahegemónica, ya se esté preocupado por el análisis material del movimiento, ya por sus consecuencias para las estructuras y conceptualizaciones teóricas existentes. Si se está interesado en esa mezcla de novedad y tradición, no hay mejor lugar para empezar a analizar dicha globalización que la transformación del movimiento obrero internacional.

Los trabajadores como movimiento social global¹³

Tras haber sido considerado por los socialistas del siglo XIX como un agente primordial para el cambio social progresista, el movimiento obrero fue dejado a un lado por la mayoría de los teóricos de los movimientos sociales hacia la mitad del siglo XX, al estimarse que estaba preocupado fundamentalmente por defender los privilegios de la aristocracia obrera del Norte frente a los retos del Sur y que, en cualquier caso, sufría de esclerosis. La corriente parece estar cambiando de dirección otra vez. El análisis reciente del movimiento obrero estadounidense ha comenzado a defender la necesidad de revisar la valoración de la importancia potencial de los trabajadores como actores progresistas¹⁴.

Curiosamente, las obras académicas sobre movimientos sociales transnacionales parecen reflejar todavía el antiguo desencanto. Con unas pocas excepciones¹⁵, el caso de los trabajadores no se encuentra bien integrado en ese tipo de trabajo académico. Una recopilación típica sobre movimientos sociales transnacionales centrada en casos europeos (Della Porta et al. 1999) nos ofrece capítulos separados sobre la campaña contra el comercio internacional de desechos tóxicos, sobre los movimientos de protesta de los trabajadores del campo, de los activistas defensores del derecho al aborto y de los movimientos de los pueblos indígenas, pero incorpora sólo dos referencias fugaces a los trabajadores: una en la que se señala que «el movimiento obrero parece estar especialmente arrinconado por el desarrollo de las instituciones europeas» (p. 19) y la otra cuando se afirma

¹³ Esta sección se apoya fuertemente en Anner y Evans (2004).

¹⁴ Por ejemplo, Clawson (2003); Fantasia y Voss (2004).

¹⁵ Por ejemplo, Kidder (2002).

que «los sindicatos europeos de trabajadores no están usando en su beneficio las posibilidades de hacer política de oposición a nivel europeo» (p. 118).

¿Por qué no se ve al conjunto de los trabajadores como un prometedor candidato a convertirse en un movimiento social transnacional? Las formas convencionales de estructurar las relaciones laborales en la economía política global son esenciales para la respuesta. La estructura actual de la política transnacional del trabajo está dominada por lo que llamaría una perspectiva de la «geografía de las ocupaciones.» En esa perspectiva, el lema neoliberal «Trabajadores del mundo ¡competid!»* suplanta las demandas a favor de una solidaridad transnacional. Hasta las personas hostiles al neoliberalismo tienden a asumir que la competencia geográfica por los trabajos constriñe la posibilidad de la solidaridad transnacional¹⁶. En el marco de la «geografía de las ocupaciones», prevenir el desplazamiento de los puestos de trabajo hacia el Sur se convierte en el objetivo principal de los trabajadores del Norte, borrando las posibilidades de una solidaridad entre las dos regiones.

La perspectiva de la «geografía de la ocupación» captura, no obstante, una cara importante de la realidad. La facilidad creciente con la que los dueños del capital mueven las tecnologías de alta productividad a lo ancho del globo intensifica, de hecho, el potencial de la competencia transfronteriza entre trabajadores¹⁷. Sin embargo, como observa Miller (2003), la perspectiva de la «geografía de la ocupación» es defectuosa aun dentro de un marco económico. Una vez que se incorporan las dinámicas ideológicas y políticas, se hace realidad la posibilidad sugerente de una reestructuración creativa de las luchas obreras a nivel global, parecida a la que han descrito los analistas Ganz (2000) y Voss y Sherman (2000) en el nivel nacional.

Analizaré las posibilidades para la solidaridad obrera transnacional estudiando tres formas de estructurar el enfrentamiento: los derechos fundamentales, el contrato social y la gobernanza democrática. Las tres comparten una característica fundamental: emplean lo que en otro lugar he denominado «*jujitsu* político» (Evans 2000), al explotar las propuestas ideológicas universalmente reconocidas como base de la ideología hegemónica del neoliberalismo global contemporáneo y utilizar las estructuras organizativas transnacionales que han ayudado a crear la globalización neoliberal¹⁸.

Las redes corporativas globales construidas en torno a la manufactura que requiere mano de obra intensiva (maquilas*) en el Sur, y el mercadeo

* Está parafraseando el lema sindical universal «Trabajadores del mundo ¡uníos!» (N. del T.)

¹⁶ Cfr. Rodrik (1997).

¹⁷ Cfr. Shaiken (1994).

¹⁸ Cfr. Risse-Kappen et al. (1999); Risse-Kappen (2000); Smith y Johnson (2002).

de las marcas en el Norte crea, además de beneficios económicos, oportunidades políticas. Identificar las marcas con valores culturales es muchísimo más importante para la rentabilidad de una empresa en su conjunto que los costos de producción derivados de la mano de obra. Al mismo tiempo, la hegemonía ideológica y normativa de los «derechos humanos fundamentales» hace casi imposible que una marca retenga su valor una vez que sus clientes potenciales se convencen de que los derechos humanos fundamentales se han violado durante la producción de los bienes que pertenecen a esa marca. El truco, naturalmente, es construir las estructuras de movilización social que se requieren para poder aprovechar esa oportunidad política¹⁹.

Si miramos los casos paradigmáticos, como el famoso caso de Kukdong (Anner y Evans 2004), se ve con claridad lo que aquí decimos. La protesta original de los trabajadores de Kukdong fue el producto de las usuales condiciones laborales miserables del lugar, combinadas con una combatividad y valentía de la gente del lugar nada normales. La continuidad de la lucha dependía de una compleja red transnacional en la que se encontraban ONG locales y estadounidenses, y también sindicatos estadounidenses. Cada organización dentro de la red aportó competencias diferentes, pero complementarias, que permitieron la creación de un entramado robusto y poderoso de alianzas. Por ejemplo, la United Students Against Sweatshops (USAS) (Estudiantes Unidos contra las Maquilas), que encajaría dentro del modelo de Keck y Sikking (1998) de organizaciones cuyo liderazgo y miembros están principalmente motivados por «ideas o valores morales», fue capaz de organizar movilizaciones en los campus universitarios y dar publicidad al caso²⁰. El Worker's Rights Consortium (WRC) (Consortio para los Derechos de los Trabajadores), una ONG de «vigilancia», y también un producto del movimiento antimaquila, fue capaz de invocar creíblemente los estándares tecnocráticos de la investigación «objetiva».

El papel de los sindicatos estadounidenses en la red es más interesante para socavar la perspectiva de la «geografía de la ocupación». El Centro de Solidaridad AFL-CIO proporcionó su fundamental saber experto y conexio-

* El sustantivo inglés «sweatshop» utilizado en el texto no tiene traducción directa al español. Define aquellos lugares, generalmente fábricas, en los cuales los trabajadores son obligados a realizar su trabajo en duras condiciones laborales y a menudo trabajando el número de horas ilimitado que les exigen los patronos. Se ha convertido en el término más usado por los activistas para definir las condiciones de sobreexplotación obrera en el Tercer Mundo. Se traduce en el texto por el término «maquila», que se referiría específicamente a las fábricas de ensamblaje en México, para referirse a cualquier forma en cualquier lugar del mundo de explotación económica en la fabricación de productos bajo condiciones laborales abusivas. Es un uso hoy común entre las organizaciones que luchan por la defensa de los derechos de los trabajadores. (N. del T.)

¹⁹ Véase Fung et al. (2001).

²⁰ Véase Featherstone (2002).

nes internacionales. UNITE, que organiza a los trabajadores textiles y de la confección en Estados Unidos, se involucró también profundamente. ¿Por qué se involucraron los sindicalistas estadounidenses? La razón no fue, con seguridad, que UNITE esperase que los puestos de trabajo de Kukdong volvieran a Estados Unidos. Muchos de los activistas individuales de estos sindicatos se guiaron, obviamente, por el mismo tipo de «valores e ideas morales» que motivaron a los activistas de las ONG. Más importante es que los sindicatos estadounidense vieron a los trabajadores de Kukdong como aliados cruciales para sus propias luchas domésticas dirigidas a deslegitimar a sus adversarios corporativos, al mostrarlos como violadores de los derechos humanos fundamentales y generar con ello la clase de ventaja política que es crítica para el éxito del modelo de campañas estratégicas alrededor del cual se construye la oposición obrera contemporánea en el Norte.

A pesar de su importancia, las industrias en las cuales se han construido alianzas transnacionales efectivas alrededor de marcos de derechos fundamentales son un número limitado. Deben involucrarse un mayor número de trabajadores e industrias para que los primeros consigan constituirse en movimiento social global. La idea de «contrato social» nos proporciona una de las bases para poder expandir el ámbito organizativo.

En la «Edad de Oro» del capitalismo que siguió a la Segunda Guerra Mundial, fue emblemática la hegemonía de la idea de que las relaciones entre empleadores y empleados eran algo más que un simple intercambio de salario por trabajo. Las relaciones laborales llegaron a verse como la encarnación del contrato social, como una relación en la que los empleados competentes y leales podían esperar recompensas de sus empresas a largo plazo. Con el tiempo, los empleados esperaron también beneficios adicionales, que no estaban ya tan vinculados al rendimiento profesional, como el retiro anticipado o los beneficios de salud y por incapacidad, que eran proporcionados por los empleadores y el Estado de manera conjunta.

En el régimen neoliberal contemporáneo global, lo emblemático, sin embargo, es el esfuerzo por reconstruir el empleo como algo cercano a un mercado particular en el que el trabajo se compra y se vende, con expectativas mínimas adicionales de una relación laboral más amplia. En todo el globo, de Bombay a Johannesburgo, de Shangai a Silicon Valley, los trabajos se vuelven informales, se exportan y se divorcian por lo general de cualquier cosa que pueda considerarse un contrato social entre empleador y empleado.

Precisamente debido a que el ataque a la idea del trabajo como contrato social es común en todas las regiones del mundo, crea una poderosa base para generar una solidaridad obrera global. Ilustraré este aspecto con dos ejemplos, el de las relaciones de apoyo mutuo efectivo que unen a los

trabajadores del metal en Brasil y Alemania, y la utilización exitosa de la solidaridad transnacional de la International Brotherhood of Teamsters (IBT) en la huelga de UPS en 1997. Además de demostrar que la perspectiva de la «geografía de la ocupación» no puede explicar las relaciones transnacionales entre movimientos obreros, estos casos muestran con mayor detalle cómo las estructuras corporativas que forman el caparazón de la economía global contienen, al lado de sus amenazas, oportunidades políticas.

La colaboración a largo plazo entre IG Metal en Alemania y los Trabajadores del Metal afiliados en la Central Unica dos Trabalhadores (CUT) brasileña es un buen ejemplo. En el año 2001, cuando IG Metal estaba comenzando su ofensiva de primavera en Alemania, los miembros del Sindicato de Trabajadores del Metal de Brasil que trabajaban para Daimler-Chrysler enviaron a sus colegas alemanes una nota en la que afirmaban que no aceptarían ningún incremento de trabajo cuyo fin fuera reemplazar la pérdida de producción en Alemania. Esta acción surgió de una alianza de largo plazo entre los dos sindicatos que se beneficiaba de las estructuras organizativas corporativas transnacionales para sus propósitos contrahegemónicos, y demostró tener un valor práctico para los trabajadores del sector del automóvil en Brasil en su lucha porque sus relaciones laborales mantengan algún parecido con el contrato social. Por ejemplo, cuando en el año anterior los trabajadores de la mayor fábrica de Volkswagen en Brasil se declararon en huelga para evitar un recorte en el número de puestos de trabajo, Luis Marinho, el presidente de la CUT-VW, pudo viajar a las oficinas mundiales centrales de Volkswagen y negociar directamente con sus directivos, ignorando a los directivos de la subsidiaria brasileña, y consiguió un acuerdo que reincorporó los puestos de trabajo perdidos.

La exitosa huelga de UPS en 1997 ofrece un ejemplo Norte-Sur de cómo las alianzas transnacionales pueden construirse sobre la idea del contrato social. Uno de los elementos que contribuyeron a la victoria fue una estrategia global muy efectiva, que se benefició de las fortalezas previamente poco explotadas de una organización global, la International Transport Workers Federation (ITF) (Banks y Russo 1999).

A través de la ITF se creó un Consejo Mundial de Sindicatos de UPS que decidió organizar un «Día de acción mundial» en el que se produjeron 150 acciones laborales o manifestaciones en todo el mundo. Algunos sindicatos europeos actuaron en apoyo de los huelguistas estadounidenses (Banks y Russo 1999, 550).

¿Por qué los europeos se mostraron tan dispuestos a asumir riesgos en pro de la solidaridad con el IBT de Estados Unidos? La respuesta aparece resumida en uno de los volantes de la ITF: «UPS: la importación de la miseria de Estados Unidos». UPS se contemplaba como una representación de la intrusión del «modelo estadounidense», con un agresivo compor-

tamiento antisindicalista, y de la expansión de los trabajos temporales y de tiempo parcial, de salarios bajos y beneficios escasos, además de como ejemplo de las consecuencias del uso de la subcontratación (Banks y Russo 1999, 561). Los europeos también sabían que tenían una oportunidad de controlar UPS mucho mejor de la que tendrían por sí mismos si operaban en concierto con los 185.000 trabajadores sindicalizados de UPS en Estados Unidos. La solidaridad tenía sentido y, en cambio, la lógica de la competencia basada en la geografía de la ocupación no lo tenía.

Mientras que la defensa de la idea del empleo como un contrato social es un proyecto que atraería amplias simpatías, los esfuerzos organizativos actuales se quedan en su mayor parte dentro del movimiento obrero organizado. Otros movimientos sociales globales podrían apoyarles ideológicamente, pero no es probable que se movilicen junto a ellos. Dado que los que gozan de una relación laboral formal con representación sindical son una minoría en descenso dentro de la población global, el éxito del movimiento obrero como movimiento social global depende de su capacidad de complementar las campañas por el «contrato social» y los «derechos fundamentales» con otras estrategias que tengan el potencial de generar alianzas amplias con una variedad de otros movimientos sociales. La oposición estructurada en términos de «gobernanza democrática» ofrece una oportunidad para ello.

La hegemonía de la «democracia» como la única forma aceptable de gobierno es tan permanente dentro de la ideología neoliberal contemporánea como los «derechos humanos fundamentales». Por muy poco democrático que sea el funcionamiento del régimen neoliberal global en la práctica, las invocaciones del principio del gobierno democrático siguen siendo políticamente poderosas. Las instituciones para la gobernabilidad global, sea bajo la forma de organizaciones como la OMC, sea bajo la forma de acuerdos internacionales como el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), son objetivos políticamente vulnerables precisamente porque sus procedimientos contradicen el supuesto compromiso del neoliberalismo con el gobierno democrático.

El ALCA es un buen ejemplo (Barenberg y Evans 2005). En su lucha por reestructurar el ALCA, el movimiento obrero ha podido trascender la perspectiva de la «geografía de la ocupación» y dirigirse hacia otro enfoque que tiene en cuenta una serie de cuestiones sociales, entre las cuales el gobierno democrático es preeminente²¹. El reflejo organizativo de esa política es la Alianza Social Continental/Hemispheric Social Alliance (ASC/HSA), una coalición de organizaciones de coordinación general nacionales, cada una

²¹ Para un análisis de una evolución anterior que se apartaba de la perspectiva de la geografía de la ocupación en el caso del NAFTA, véase Armbruster (1995; 1998); Kay (2004).

de las cuales representa a su vez a una coalición de ONG o de organizaciones obreras. Primero con sede en México y luego en Brasil, la ASC/HSA reúne a grupos de mujeres y medioambientalistas y los pone en contacto con la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), que es un sindicato de trabajadores hemisférico al que pertenecen la AFL-CIO y la mayoría de las otras confederaciones de sindicatos importantes.

La ASC/HSA es sólo una de las estructuras posibles de movilización que podrían usarse para democratizar la creación de la nueva «Constitución económica» hemisférica (que es lo que en realidad es el ALCA), pero es un excelente ejemplo del potencial del movimiento obrero para convertirse, no sólo en un movimiento social global, sino también en un elemento de liderazgo en una coalición lo más amplia posible de movimientos sociales. Para comprender las posibilidades y los retos de conectar el movimiento obrero con otros movimientos transnacionales, no hay mejor lugar para comenzar que hablar del feminismo global.

La construcción de un movimiento feminista sin fronteras

Aunque el movimiento de mujeres transnacional tiene también una larga historia, el neoliberalismo global ha situado perentoriamente las cuestiones de género en primer plano para las organizaciones de los movimientos sociales transnacionales. Hasta que exista una transformación revolucionaria del papel que desempeña cada género en la sociedad, las desventajas de la distribución de los recursos a partir exclusivamente de la lógica del mercado recaerán dura y especialmente sobre las mujeres. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (1999, 80) habla de un «déficit del cuidado» global, señalando que las mujeres pasan la mayoría de las horas de trabajo prestando cuidado gratuito, y añade que «el mercado no ofrece prácticamente ninguna remuneración a cambio de ese cuidado». Otros han señalado cómo el «ajuste estructural» y otras estrategias neoliberales para la gobernabilidad global contienen una discriminación sistemática, interna, por razón de género²².

A primera vista, las organizaciones de mujeres tienen la ventaja frente a los movimientos obreros transnacionales de que no tienen que trascender ninguna lógica de suma cero equivalente a la de la «geografía de la ocupación», que pudiera enfrentar los intereses de género de las mujeres en una región con los de otras regiones. Tal vez por esa razón, el movimiento de mujeres transnacional ha estado a la vanguardia de los movimientos sociales transnacionales en cuanto a la atención que ha dedicado a las discusiones sobre cómo superar los aspectos políticos y culturales de la división Norte-Sur, y cómo evitar los peligros potenciales de los programas políticos universalistas que pretenden borrar la diferencia.

²² Por ejemplo, Cornia et al. (1987); Elson (1991); Afshar y Dennis (1992); Staudt (1997).

Al igual que el movimiento obrero, las bases ideológicas del movimiento de las mujeres proceden del discurso de los «derechos humanos²³», pero el feminismo transnacional, mucho más que el movimiento obrero, ha peleado con las contradicciones que supone construir una política usando el lenguaje universalista de los derechos. Aunque nadie puede ignorar cómo la exigencia por el reconocimiento de que «los derechos de las mujeres son derechos humanos» ha ayudado a las mujeres oprimidas y sometidas a abusos a lo ancho de una variedad increíble de situaciones geográficas, culturales y de clase, cualquier presunción ingenua de crear un solo proyecto feminista global, «de talla única», se ha sustituido por una percepción de que el fin es más complejo²⁴.

Por un lado, la adopción de la Declaración sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (DEDM) por la Organización de Naciones Unidas (ONU) podría considerarse como el equivalente normativo de las victorias de los movimientos medioambientalistas en el acuerdo de Montreal para limitar la emisión de clorofluorocarbonos (CFC), y en el Acuerdo de Kyoto sobre calentamiento global. Por otro lado, las feministas críticas han examinado las actividades de la ONU, como la Conferencia Mundial de Pekín sobre las Mujeres de 1995, y las acusan de perpetuar las relaciones de poder colonial bajo el disfraz de la unidad transnacional (Spivak 1996). Mohanty (2003) resume el rompecabezas elegantemente: «El reto es ver cómo las diferencias nos permiten explicar las conexiones y las relaciones transfronterizas mucho mejor y con más precisión; cómo la diferencia relevante nos permite teorizar preocupaciones universales de una forma más completa» (226).

Una de las consecuencias de este debate es que obliga a las organizaciones de mujeres que operan en el Norte a adoptar una perspectiva mucho más compleja del desarrollo de «marcos activos colectivos» que el que se encuentra normalmente en los trabajos académicos sobre movimientos sociales. Dichas organizaciones se han visto obligadas a reflexionar sobre las formas en las que los programas políticos supuestamente universales pueden convertirse en imposiciones ideológicas que hagan desaparecer los intereses específicos de los participantes menos privilegiados del movimiento. Esta conciencia ha tenido a su vez el efecto de fortalecer las posiciones de los organizadores locales en el Sur, en sus negociaciones por conseguir una mayor autonomía y un reconocimiento pleno de sus intereses y programas políticos localmente definidos.

Millie Thayer (2000; 2001; 2002) proporciona uno de los análisis más vivos y atentos del debate «en torno a las bases» dentro del movimiento

²³ Cfr. Keck y Sikkink (1998); Meyer (2001).

²⁴ Véanse Basu y McGrory (1995); Álvarez (1998; 1999); Barlow (2000); Bergeron (2001); Naples y Desai (2002); Vuola (2002).

transnacional de las mujeres. En su estudio de las relaciones entre ONG feministas transnacionales y los grupos locales de mujeres que actúan en las zonas rurales del noreste de Brasil, Thayer nos muestra (2001), ante todo, que los «guiones globales», en este caso un artículo de Joan Scott sobre el concepto de género, «tenía sentido», en los contextos locales específicos, para las mujeres que eran parte de núcleos familiares y estaban involucradas en luchas de clase y género simultáneamente. Porque el concepto de género tenía sentido para estas mujeres y porque poseían la capacidad creativa necesaria para transformar y reinterpretar el concepto, adaptándolo a sus circunstancias, ese concepto las ayudó a impulsar sus luchas locales.

El trabajo de Thayer muestra también cómo los fines y las ideologías del movimiento transnacional de mujeres (sin dejar a un lado su percepción clara de la posibilidad de que existan «actitudes colonialistas») limitan la dominación de las ONG del Norte, a pesar de las enormes diferencias en recursos entre los grupos locales brasileños y sus aliadas del Norte. El acceso a los recursos que se canalizan a través de redes transnacionales depende de la capacidad de las organizaciones locales de cumplir con los procedimientos más estandarizados que las redes de apoyo transnacionales pueden entender y evaluar (Thayer 2002). Al mismo tiempo, el análisis de Thayer deja claro que la ideología y los fines de las ONG del Norte dan a las organizaciones y movimientos sociales locales importantes ventajas políticas en las negociaciones internas. Las ONG transnacionales del Norte no sólo saben que su legitimidad a los ojos de los donantes y de los simpatizantes de la región depende de su capacidad de transformar de manera favorable las vidas de los grupos locales en el Sur. Ellas mismas consideran que su finalidad es servir a esos grupos. En consecuencia, cuando un grupo local legítimo cuestiona si se están atendiendo sus intereses y objetivos locales, el problema no puede simplemente ignorarse o suprimirse. El «poder blando» de las normas y los valores es todavía más importante para los movimientos transnacionales que sus relaciones con las estructuras globales dominantes, y ello actúa en beneficio del Sur.

Si el enfrentamiento explícito y persistente de los movimientos de mujeres con los peligros de la división entre Norte y Sur los convierte en un ejemplo para otros movimientos sociales transnacionales, su potencial influencia en la transformación de otros movimientos es igual de importante. El impacto potencial de una alianza más cercana entre el movimiento de mujeres y el movimiento obrero ofrece un buen ejemplo. Las formas de organización patriarcales, y los estilos de liderazgo continúan separando el movimiento obrero del de las mujeres²⁵, pero la supervivencia del

²⁵ Cfr., por ejemplo, Bandy y Bickham-Mendez (2003).

primero a nivel global depende claramente de su habilidad para hacerse más feminista. Las mujeres son importantes para el movimiento obrero, no sólo porque ambos géneros se han incorporado en nuestros días al mercado laboral, sino porque también ocupan posiciones dentro de la fuerza de trabajo global que son trascendentales para la expansión organizativa del movimiento obrero.

La situación numéricamente predominante de las mujeres en la economía global es producto de su participación precaria en la «economía informal,» un campo vasto, en el cual es menos probable que sean efectivas las herramientas organizativas tradicionales del movimiento obrero transnacional. Las mujeres, en el sector informal, experimentan la inseguridad laboral y la ausencia de un «contrato social», que parece ser el destino neoliberal para todos menos para una pequeña minoría de la fuerza de trabajo, con independencia del género. Si los miembros de los sindicatos transnacionales ya establecidos, como los Trabajadores del Metal, desean tener éxito en obtener un apoyo político general que defienda los aspectos del «contrato social» de su relación laboral, sus luchas deben combinarse con un esfuerzo igual de agresivo por expandir la idea de contrato social al sector informal. Puesto que las campañas del movimiento de las mujeres sobre las cuestiones relativas a los medios de vida se han centrado especialmente en ese sector, ese movimiento podría considerarse como la vanguardia del movimiento obrero y también como la corriente líder en el movimiento de la globalización contrahegemónica en general.

Una respuesta al reto del sector informal ha sido la expansión de la Self-Employed Women's Association (SEWA) –una asociación de mujeres autoempleadas– como forma organizacional, que comenzó en la India y pasó luego a Sudáfrica, Turquía y otros países en Latinoamérica, sudeste de Asia, y África y, finalmente, creó redes internacionales incipientes como Homenet y Streetnet (Mitter 1994). No sólo es una forma novedosa de organización laboral, sino que puesto que el arquetipo de empleo en el sector informal lo representan las mujeres menos privilegiadas del Sur Global, la SEWA es también una forma organizativa que debería ayudar a construir la clase de «feminismo sin fronteras» que Mohanty (2003) defiende que se necesita para trascender las contradicciones que han dividido el movimiento internacional de las mujeres en el pasado.

El movimiento medioambientalista global y local

En las últimas décadas del siglo XX, las organizaciones que se ocupan de las cuestiones medioambientales han sido las ONG transnacionales que han experimentado una mayor expansión (Sikkink y Smith 2002, 30). Sin existir apenas como categoría en los años cincuenta, para los noventa se habían convertido en la manifestación más importante de las ONG transnacionales, sin contar los grupos de derechos humanos.

Se podría defender también que el movimiento medioambientalista global ha sido el más efectivo de todos los movimientos sociales transnacionales en cambiar el discurso global y la legislación. En resumen, el movimiento medioambientalista global ofrece uno de los mejores ejemplos disponibles de «globalización contrahegemónica». En el mismo sentido, el espacio de la política medioambiental se ha convertido en uno de los mejores lugares para medir los límites de la globalización contrahegemónica.

El cuidado del medioambiente es, casi por definición, una cuestión colectiva y, por tanto, una cuestión que por sí misma conduce a la movilización colectiva. Incluso los economistas neoclásicos reconocen que la degradación medioambiental es una externalidad que los mercados pueden no ser capaces de resolver, especialmente si esas externalidades se encuentran dispersas a lo largo de divisiones políticas nacionales. Por ello, los movimientos medioambientalistas tienen ventajas relativas en comparación con la movilización obrera sobre cuestiones laborales, que la ideología neoliberal afirma enérgicamente que deben resolverse a través de la lógica del mercado si se quiere maximizar el bienestar económico; también las tienen frente al movimiento de las mujeres, que todavía sufre la oposición de aquellos que afirman que las cuestiones de género son «privadas» y que, por tanto, no son objetos adecuados de la acción política colectiva (especialmente, no para la acción política colectiva que traspasa las fronteras nacionales).

Los obstáculos para intentar construir un movimiento medioambientalista global son igualmente obvios. Para comenzar, existe una distancia formidable que separa el «medioambientalismo de los pobres» en el Sur, en el que la sostenibilidad significa ante todo capacidad de las comunidades locales dependientes de los recursos naturales para poder seguir explotándolos, y el programa político «conservacionista» de los grupos medioambientalistas tradicionales del Norte, que favorece la preservación de la fauna y de la flora, sin mucha consideración acerca de cómo esa conservación repercute en los medios de vida de las comunidades circundantes (Friedmann y Rangan 1993; Guha y Martínez-Alier 1997; Martínez-Alier 2002). La división entre Norte y Sur en el movimiento medioambientalista global puede ser menos susceptible de mostrarse como una lógica de «suma cero» en contraposición a la perspectiva de la «geografía de la ocupación» para el movimiento obrero, pero la lógica de esa división parece más difícil de superar que en el caso del feminismo transnacional.

Aun si dejamos a un lado las dificultades de superar la división entre Norte y Sur, integrar las preocupaciones globales y locales parece más desafiante en el campo medioambiental. Algunas cuestiones, como el calentamiento global y la capa de ozono, parecen ser intrínsecamente globales, mientras que la política pública sobre otras, como las consecuencias para

la salud de los residuos tóxicos, pueden ser fuertemente locales. Los retos de construir una organización global que integre de manera efectiva las actividades localmente dirigidas con las campañas globales parece ser un reto especialmente difícil en el caso del movimiento medioambientalista.

A pesar de los retos estructurales a los que se enfrenta, la movilización medioambientalista global se considera normalmente entre los movimientos sociales transnacionales más exitosos. ¿Cómo se explica el éxito relativo de los movimientos transnacionales guiados en su actividad por programas políticos sobre el medioambiente? El primer aspecto que debe señalarse es cuán asombrosamente paralelos son los activos políticos de los movimientos medioambientalistas globales a los de las mujeres y los trabajadores, dejando a un lado las diferencias obvias entre ellos. Basta verificar cuáles son sus recursos ideológicos e institucionales. Una vez más, vemos un movimiento contrahegemónico apoyándose en las ideas y estructuras organizativas implantadas por la globalización hegemónica.

Como en el caso de los movimientos obreros y de las mujeres, su atractivo político depende de la difusión global de una ideología universalista que afirme el valor del programa político del movimiento. Igual que el movimiento obrero y el de las mujeres han sido capaces de apoyarse en el poder ideológico de conceptos abstractos como «derechos humanos» y «democracia», los ambientalistas pueden reclamar ser los representantes de un programa universal para «salvar el planeta» e invocar el «análisis científico» para validar sus posiciones. Como en los otros dos casos, estos recursos ideológicos tienen poco valor sin las estructuras organizativas que pueden explotarlos y sin movilizaciones complementarias a favor de los intereses cotidianos. Sin embargo, lo destacable es, una vez más, que las propuestas ideológicas hegemónicas no son simplemente instrumentos para la dominación, sino que también son una «caja de herramientas» que puede usarse de maneras potencialmente eficaces al servicio de fines «subversivos».

La posibilidad de usar las estructuras de gobierno que son parte de la globalización hegemónica también se aplica en el caso del movimiento medioambientalista. En un grado superior al del caso del movimiento de las mujeres, el sistema de la ONU ha demostrado ser un recurso institucional extremadamente valioso para los medioambientalistas. Como en el caso del movimiento de las mujeres, las conferencias globales organizadas por la ONU han desempeñado una función esencial para ayudar, promover y divulgar sus posiciones discursivas. La investigación de Pulver (2003) sobre las negociaciones acerca del cambio climático proporcionan uno de los análisis más complejos sobre cómo los recursos institucionales proporcionados por el sistema de la ONU pueden usarse por los movimientos medioambientalistas transnacionales²⁶.

²⁶ Véase también Lipschutz y Mayer (1996); Betsill y Corell (2001); Caniglia (2000).

En opinión de Pulver, el proceso político en la ONU sobre el clima, incluyendo la Convención Marco sobre el Cambio Climático (CMCC) y las Conferencias de las Partes (CP) anuales, organizadas para revisar y evaluar el cumplimiento de la CMCC, proporcionan un espacio institucional que favorece a las ONG medioambientalistas transnacionales de tres maneras, aunque formalmente las negociaciones se lleven a cabo entre delegaciones nacionales. En primer lugar, las negociaciones se celebran en una atmósfera de «publicidad», no sólo en el sentido de que las minutas de las reuniones están en su mayor parte abiertas al escrutinio público, sino también en el sentido de que las posiciones deben justificarse en términos del «bien público», en lugar de presentarse simplemente como un reflejo de intereses particulares que deben tenerse en cuenta debido al poder de sus proponentes. Este tipo de contexto discursivo conduce naturalmente, por sí mismo, hacia justificaciones donde aparece la necesidad de tener una política directiva para el medioambiente y la promoción de la sostenibilidad, siendo mucho más raro que puedan quedar reflejadas preocupaciones corporativas acerca de las prerrogativas de los administradores de las empresas o su beneficio.

Es igual de importante, según Pulver, que los actores «públicos» que gestionan el proceso en nombre del sistema de la ONU tiendan a inspirarse en las «comunidades epistémicas» (Haas 1992), en las cuales se valora la «ciencia» y el «control sobre el medioambiente». (De hecho, las delegaciones nacionales que acuden a los CP son normalmente más receptivas a estos valores). Finalmente, la ideología prevaleciente, pero también las preferencias de los organizadores de las reuniones, dan a los representantes de las ONG medioambientalistas un nivel de influencia en las negociaciones entre las delegaciones nacionales que rivaliza o sobrepasa al de los representantes de la industria y los negocios. En este caso al menos, las instituciones para la gobernabilidad global han dado a los movimientos sociales transnacionales la oportunidad de definir el incipiente régimen regulatorio, que tiene el potencial de modificar sustancialmente la lógica del mercado de la globalización neoliberal.

Se podría defender que el cambio climático es un caso especial y, que dado que es intrínsecamente una cuestión global, fue posible emprender una campaña global sin fundamentos locales fuertes que trascendiera la división entre Norte y Sur. Puede ser correcto. Sin embargo, otros ejemplos nos sugieren que las redes medioambientalistas transnacionales pueden todavía hacer un uso efectivo de las instituciones para la gobernabilidad global, en los casos en que las bases locales y la solidaridad entre Norte y Sur son cruciales.

Chico Mendes y su asociación Recolectores de Caucho Amazónicos, como nos han relatado Keck (1995; 1998) y Keck y Sikkink (1998), constituye el caso clásico. ONG medioambientalistas transnacionales, interesadas en

preservar los bosques amazónicos, y agricultores locales organizados, desesperados por preservar sus formas de vida extractivas frente a la depredación de los grandes ganaderos locales, fueron capaces conjuntamente de usar las conexiones transnacionales que vinculaban al Gobierno brasileño, al Banco Mundial y a los políticos estadounidenses, provincianos pero poderosos, para generar un apoyo que ni las ONG transnacionales, ni los recolectores del caucho, hubieran soñado obtener por separado. A pesar del asesinato de Mendes, durante el Gobierno del Partido de los Trabajadores se institucionalizaron los frutos de su lucha de muchas maneras importantes en asuntos relativos al medioambiente en Acre, el estado natal de Mendes (Evans 2000).

Esos éxitos dependieron de combinaciones de circunstancias que siguen siendo inusuales, como ilustran Keck y Sikkink (1998) en su comparación entre Acre y Sawarak. Sin embargo, tampoco son aberraciones. El movimiento mundial para limitar el desarrollo de grandes represas también concentra redes de ONG medioambientalistas transnacionales y comunidades locales cuyos intereses cotidianos inmediatos en sus medios de vida están en peligro (salvar sus casas de la inundación). Como en el caso de los recolectores del caucho, la vulnerabilidad política del Banco Mundial ha hecho posible usar la maquinaria de la gobernabilidad global para propósitos contrahegemónicos, y se han alterado la ideología y la práctica a nivel global²⁷.

Una alianza más cercana con el movimiento de las mujeres ayudaría a superar la división entre lo global y lo local. Las cuestiones sobre la «habitabilidad» urbana, que progresivamente se están convirtiendo en cuestiones medioambientales fundamentales en el Sur, tienen consecuencias que vienen determinadas por el género. Como en el caso del impacto discriminatorio de los programas de ajuste estructural en función del género, el hecho de que las mujeres deban cargar con una parte desproporcionada de la responsabilidad por el cuidado de los niños y las familias las obliga a soportar directamente el peso del mal alcantarillado urbano, de las fuentes de agua precarias y de las enfermedades relacionadas con la contaminación. En la medida en que organizaciones medioambientalistas transnacionales prominentes, como Greenpeace, Environmental Defense o el Wild World Fund (WWF), estuvieran dispuestas a prestar mayor atención a esas cuestiones, ayudarían a superar las divisiones entre Norte y Sur, y entre lo local y lo global.

A menos que se aprovechen esas oportunidades, el movimiento medioambientalista transnacional podría moverse en una dirección que recortaría su contribución potencial a la globalización contrahegemónica.

²⁷ Véase Khagram (1999).

El debate intenso y extendido, ya con varias décadas de antigüedad, sobre cómo garantizar que el movimiento de las mujeres refleje plenamente las perspectivas y los intereses de su mayor base política (las mujeres en desventaja en el Sur Global) y no la de sus miembros más poderosos (las mujeres de las elites del Norte Global) parece tener mayor dificultad para contar con la atención del movimiento medioambientalista transnacional.

El hecho de que el paradigma del «análisis científico» proporcione una importante ventaja a los medioambientalistas en sus batallas contra la degradación causada por actores contaminantes empresariales (y estatales) puede convertirse en una desventaja cuando se trata de participar en los debates internos sobre las perspectivas enfrentadas dentro del movimiento medioambientalista, siendo más fácil que los activistas del Norte asuman que las soluciones a los problemas medioambientales en el Sur pueden ser definidas «objetivamente,» desde fuera, en lugar de que tengan que nacer del debate y de la discusión con aquellos inmediatamente afectados²⁸. Nada de lo dicho pretende sugerir que el movimiento medioambientalista esté condenado a la confusión o a terminar fragmentado. El argumento es que al igual que no hay una «lógica natural» que dicte la inevitabilidad de la trayectoria neoliberal corporativa para la globalización, los movimientos contrahegemónicos más exitosos no tienen ángeles funcionalistas que prevengan que ellos mismos cercenen su potencial.

EL POTENCIAL Y LAS DESVENTAJAS DE LA GLOBALIZACIÓN CONTRAHEGEMÓNICA

Aquí me he ocupado de casos reales, primero estudiando los avances organizativos generales representados en la ATTAC y el Foro Social Mundial, y luego analizando los éxitos de los movimientos transnacionales medioambientalistas, de las mujeres y obreros. Los esfuerzos a favor de la globalización contrahegemónica ayudan a alterar el equilibrio en las luchas locales en beneficio de los no privilegiados. Hay numerosos ejemplos sobre cómo el hecho de crear conexiones transnacionales puede poner más poder en las manos de los grupos que enfrentan obstáculos insuperables a nivel local: los trabajadores de la confección textil, las mujeres rurales pobres, los recolectores de caucho. La globalización contrahegemónica ha avanzado también en el campo de los regímenes regulatorios globales. Sin embargo, cualquier progreso experimentado en tales regímenes, en las definidas como áreas «no económicas», ha sido más que compensado por la profunda institucionalización de las normas neoliberales que regulan el comercio, la inversión y la propiedad.

²⁸ Cfr. Li (2000); York (2002).

Si descartar el potencial de la globalización contrahegemónica sería un serio error analítico, exagerar su potencial o descartar las adversidades que les esperan a estos movimientos según vayan desarrollándose sería, como subrayé al inicio de este capítulo, un error igualmente grave. Ahora, con un mejor sentido de la estructura ideológica y organizativa de la globalización contrahegemónica, es hora de revisar la cuestión de las limitaciones y los obstáculos.

La limitación más básica es que ninguno de los éxitos que hemos discutido aquí ofrece una perspectiva directa sobre cómo cambiar la dirección principal de las luchas actuales en torno a la estructura del comercio global y del régimen de propiedad. Como se pudo ver durante el encuentro ministerial de la OMC en Cancún en septiembre de 2003, si se quiere echar tierra a los engranajes de los proyectos globales neoliberales se deben crear nuevas alianzas políticas, en las que participen el Estado y los movimientos sociales. Las batallas futuras de este tipo acerca del ALCA, la finalización de la Ronda Doha*, y otros muchos temas relevantes, serán cruciales para cualquier posibilidad futura de construir una globalización contrahegemónica. Los movimientos sociales transnacionales, aun si se alían, no pueden remodelar esas negociaciones sin que exista acción colectiva por parte de las delegaciones nacionales del Sur Global. Construir una versión globalmente incluyente del «liberalismo solidario» (Ruggie 1982), que sería una medida mínima razonable del éxito de la globalización contrahegemónica, es un fin todavía más distante. La valoración de Ruggie (1994, 525) de que «construir un equivalente contemporáneo del compromiso que representaba el liberalismo solidario será una tarea hercúlea» no se ha alterado sustancialmente tras los éxitos más recientes de los movimientos sociales transnacionales.

Las limitaciones actuales no deberían, sin embargo, desanimarnos. La política de la globalización contrahegemónica es una política de construcción institucional y de formación de alianzas, innovación tecnológica, reestructuración y acumulación sucesiva de «poder blando» que conduciría, si tiene éxito, a «cascadas normativas» y cambios reales en el equilibrio de poder. Si una sucesión larga de pequeñas victorias (inevitablemente intercaladas con derrotas) conduce finalmente a una transformación importante, el proceso sólo tendrá sentido para los escépticos tras la verificación del hecho, al igual que la abolición de la esclavitud y el sufragio de las mujeres

* La progresiva liberalización del comercio mundial, primero en el marco del GATT y hoy en día en el de la OMC, se produce a través de las llamadas «Rondas» de negociación, de carácter intermitente y que pueden tardar varios años en completarse. A veces reciben el nombre de la ciudad en la que se celebran inicialmente, como las tres últimas Rondas: Tokio, Uruguay y Doha. La Ronda Doha, a diferencia de las Rondas anteriores, es producto de un mandato de la Conferencia Ministerial de la OMC. (N. del T.)

parecieron plausibles (tal vez hasta «inevitables») sólo después de que ocurrieran²⁹.

Los obstáculos son una preocupación más inmediata que las limitaciones evidentes. La clase de reestructuración creativa, que ha permitido al movimiento obrero pasar de una preocupación con la geografía de la ocupación a una lucha crucial por los derechos básicos, el contrato social y la gobernabilidad democrática, es siempre tremendamente vulnerable frente a las preocupaciones defensivas del día a día. Las organizaciones medioambientalistas transnacionales están siempre en peligro de precipitarse hacia la antigua y tradicional perspectiva de conservación y preservación, que deja poco espacio para construir un acercamiento con los pobres del Sur Global que dependen directamente de los recursos naturales. A pesar de sus continuos esfuerzos de autorreflexión, conseguir mantener una trayectoria entre el falso universalismo y el particularismo no reflexivo sigue siendo un reto para el movimiento de mujeres transnacional. En los tres casos, encontrar formas de incorporar estructuras unificadoras en alianzas organizativas concretas es un desafío todavía más complejo. A menos que podamos evitar los obstáculos que se encuentran en su propio camino organizativo, superar las actuales limitaciones macropolíticas es un sueño utópico.

La conciencia realista de las limitaciones y los obstáculos debe equilibrarse con el punto básico que se estableció en la presentación inicial de los ejemplos optimistas: el neoliberalismo global no es sólo una estructura de dominación, sino también un conjunto de estructuras organizativas e ideológicas susceptibles, a su pesar, de ser utilizadas favorablemente por los movimientos de oposición.

Los agresivos esfuerzos del neoliberalismo global por ampliar el dominio de la lógica de mercado hacen más fácil que los diversos movimientos construyan un programa común. A medida que se hace más visible la brecha entre la hegemonía formal del programa ideológico del neoliberalismo global y sus manifestaciones materiales, sobre todo en el caso de la «democracia», se incrementan las oportunidades para usar en beneficio propio estos presupuestos ideológicos.

Ideológicamente, la globalización neoliberal genera un conjunto de instrumentos ideológicos transnacionales al que pueden recurrir los movimientos contrahegemónicos nacionales, paralelamente y desde una variedad de localizaciones sociales distintas. Estructuralmente, el neoliberalismo global ayuda a promover las alianzas entre grupos diferentes situados en contextos nacionales divergentes y que se encuentran en posiciones de inferioridad similares. Organizativamente, las oportunidades

²⁹ Cfr. Keck y Sikkink (1998).

transnacionales contemporáneas refuerzan la afirmación, hecha por Tilly (1991; 1995) y Tarrow (1998), entre otros, para el ámbito nacional de que igual que los movimientos de oposición pueden utilizar los repertorios ideológicos dominantes en su propio beneficio, también pueden aprovecharse de las estructuras de gobierno existentes. En algunos casos, como el de los movimientos medioambientalistas y de mujeres que usan favorablemente el sistema de NU para ayudar a construir vínculos transnacionales y obtener acceso al espacio público, las posibilidades son evidentes. Otros casos, como el uso del Banco Mundial por los recolectores de caucho o el uso estratégico de las estructuras corporativas aprovechando sus marcas y la protección de los derechos básicos que se suponen que deben garantizar, son sólo evidentes una vez ocurren.

Reconocer el potencial de uso de las estructuras dominantes nos hace retornar a los casos con los que comenzamos, el de la ATTAC y el Foro Social Mundial. La utilización de las estructuras dominantes sólo funciona cuando existen organizaciones y redes de oposición, comparables a las dominantes, dispuestas, de hecho, a usar esas estructuras dominantes. En última instancia, el objeto de estas estructuras de movilización debe trascender las organizaciones particulares y de movilización de intereses grupales. La «sociedad civil global» (Lipschutz y Mayer 1996; Wapner 1995) requiere un agente organizado que tenga también un alcance global si pretende desplazar el sistema altamente organizado de dominación que sostiene el neoliberalismo mundial. Un nuevo príncipe (pos)moderno bajo la forma de un «Partido Mundial», como defienden Gill (2002) y Chase-Dunn y Boswel (2003), es probablemente un salto demasiado grande, pero intentar construir alguna forma aglutinadora transnacional tiene sentido ya hoy.

El resultado final es probable que se parezca más a un red compleja que a un organigrama burocrático y, por definición, exigirá innovaciones organizativas no previstas. Los casos de la ATTAC y el Foro Social Mundial son alentadores precisamente porque sus formas organizativas, que no fueron previstas, han sido tan exitosas. Han creado nuevas posibilidades para conectar las redes transnacionales existentes y han añadido innovaciones organizativas propias. Formas novedosas de organización como éstas nos permiten cerciorarnos de que, con independencia de que se pueda o no demostrar que otro mundo es posible, el potencial de que aparezca un movimiento contraglobalización más sólido y políticamente formidable es en nuestros días un hecho social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Afshar, Haleh y Carolyne Dennis (1992). *Women and Adjustment Policies in the Third World*. New York: St. Martin's Press.
- Álvarez, Sonia (1999). «Advocating Feminism: The Latin American Feminist NGO 'Boom'.» *International Feminist Journal of Politics* 1(2).

- _____ (1998). «Latin American Feminisms 'Go Global': Trends of the 1990s and Challenges for the New Millenium.» En S. Álvarez, E. Dagnino y A. Escobar (eds.). *Cultures of Politics / Politics of cultures: Revisioning Latin American Social Movements*. Boulder: Westview Press.
- Ancelovici, Marco (2002). «Organizing against Globalization: The Case of ATTAC in France.» *Politics & Society* 30(3), 427-463.
- Anner, Mark y Peter Evans (2004). «Building Bridges Across a Double-Divide: Alliances between U.S. and Latin American Labour and NGO's.» *Development in Practice* 14 (1-2), 34-47.
- Armbruster, Ralph (1998). «Cross-Border Labor Organizing in the Garment and Automobile Industries: The Phillips Van-Heusen and Ford Cuautitlan Cases.» *Journal of World-Systems Research* 4(1), 20-51.
- _____ (1995). «Cross-National Labor Organizing Strategies.» *Critical Sociology* 21(2), 75-89.
- Bandy, Joe y Jennifer Bickham-Mendez (2003). «A Place of Their Own? Women Organizers in the Maquilas of Nicaragua and Mexico.» *Mobilization: An International Journal* 8(2), 173-188.
- Banks, Andy y John Russo (1999). «The Development of International Campaign-Based Network Structures: A Case Study of the IBT and ITF World Council of UPS Unions.» *Comparative Labor Law & Policy Journal* 20, 543-568.
- Barenberg, Mark y Peter Evans (2005). «The FTAA's Impact on Democratic Governance.» En A. Estevadeordal, D. Rodrik, A. M. Taylor y A. Velasco (eds.). *FTAA and Beyond: For Integration into the Americas*. Boston: Harvard University Press.
- Barlow, Tani (2000). «International Feminism of the Future.» *Signs* 25, 1099-1105.
- Basu, Amrita y C. Elizabeth McGrory (1995). *The Challenge of Local Feminisms: Women's Movements in Global Perspective, Social Change in Global Perspective*. Boulder: Westview Press.
- Benford, Robert D. (1997). «An Insider's Critique of the Social Movement Framing Perspective.» *Sociological Inquiry* 67(4), 409-430.
- Bergeron, Suzanne (2001). «Political Economy Discourses of Globalization and Feminist Politics.» *Signs* 26(4), 983-1006.
- Betsill, Michele y Elisabeth Corell (2001). «NGO Influence in International Environmental Negotiations: A Framework for Analysis.» *Global Environmental Politics* 1(4), 65-85.
- Boswell, Terry y Christopher Chase-Dunn (2000). *The Spiral of Capitalism and Socialism: Toward Global Democracy*. Boulder: Lynne Rienner.
- Caniglia, Beth Schaefer (2000). «Do Elite Alliances Matter? Structural Power in the Environmental TSMO Network.» Tesis doctoral, Department of Sociology, University of Notre Dame.
- Chase-Dunn, Chris y Terry Boswell (2003). «Transnational Social Movements and Democratic Socialist Parties in the Semiperiphery.» Ensayo presentado en la convención de ASA en Atlanta, GA, 19 de agosto.
- Clawson, Dan (2003). *The Next Upsurge: Labor Fuses with Social Movements*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Cornia, Giovanni A., Richard Jolly y Frances Stewart (1987). *Adjustment with a Human Face*. Oxford: Clarendon Press.

- Della Porta, Donatella, Hanspeter Kriesi y Dieter Rucht (1999). *Social Movements in a Globalizing World*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire, New York: MacMillan; St. Martin's Press.
- Easterly, William (2001). *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Elson, Diane (1991). *Male Bias in the Development Process*. New York: St. Martin's Press.
- Evans, Peter (2000). «Fighting Marginalization with Transnational Networks: Counter-Hegemonic Globalization.» *Contemporary Sociology-A Journal of Reviews* 29(1), 230-241.
- Fantasia, Rick y Kim Voss (2004). *Hard Work: Remaking the American Labor Movement*. Berkeley: University of California Press.
- Featherstone, Lisa (2002). *Students against Sweatshops*. London and New York: Verso.
- Finnemore, Martha y Kathryn Sikkink (1998). «International Norm Dynamics and Political Change.» *International Organization* 52(4).
- Fox, Jonathan A. y L. David Brown (1998). *The Struggle for Accountability: The World Bank, NGO's and Grassroots Movements, Global Environmental Accord*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Friedmann, John y Haripriya Rangan (eds.) (1993). *In Defense of Livelihood: Comparative Studies on Environmental Action*. West Hartford, Conn: UNRISD y Kumarian Press.
- Fung, Archon, Dara O'Rourke et al. (2001). *Can We Put an End to Sweatshops?* Boston: Beacon Press.
- Ganz, Marshall (2000). «Resources and Resourcefulness: Strategic Capacity in the Unionization of California Agriculture, 1959-1966.» *American Journal of Sociology* 105(4), 1003-1062.
- Gill, Stephen (2002). *Power and Resistance in the New World Order*. London: Palgrave.
- Gramsci, Antonio (1999). *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*. Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith (eds.). New York: International Publishers.
- Guha, Ramachandra y Juan Martínez-Alier (1997). *Varieties of Environmentalism. Essays North-South*. London: Earthscan.
- Haas, Peter M. (1992). «Introduction: Epistemic Communities and International Policy Coordination.» *International Organization* 46 (1), 1-35.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2000). *Empire*. Boston: Harvard University Press.
- Held, David et al. (1999). *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Kay, Tamara (2004). «NAFTA and the Politics of Labor Transnationalism.» Tesis doctoral, Department of Sociology, University of California - Berkeley, Berkeley.
- Keck, Margaret E. (1998). «Planaflo in Ronda: The Limits of Leverage.» En J. A. Fox and L. D. Brown (eds.). *The Struggle for Accountability: The World Bank, Ngos, and Grassroots Movements*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- _____ (1995). «Social Equity and Environmental Politics in Brazil - Lessons from the Rubber Tappers of Acre.» *Comparative Politics* 27(4), 409-424.
- Keck, Margaret E. y Kathryn Sikkink (1998). *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*. Ithaca, N.Y., London: Cornell University Press.

- Khagram, Sanjeev (1999). «Dams, Democracy and Development: Transnational Struggles for Power and Water.» Tesis doctoral, Stanford University.
- Khagram, Sanjeev, James V. Riker y Kathryn Sikkink (2002). *Restructuring World Politics: Transnational Social Movements, Networks and Norms, Social Movements, Protest, and Contention*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Kidder, Thalia (2002). «Networks in Transnational Labor Organizing.» En Sanjeev Khagram, James V. Riker y Kathryn Sikkink. *Restructuring World Politics: Transnational Social Movements, Networks, and Norms*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Levitt, Peggy (2001). *The Transnational Villagers*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Li, Tania M. (2000). «Articulating Indigenous Identity in Indonesia: Resource Politics and the Tribal Slot.» *Comparative Studies in Society and History* 42 (1), 149-179.
- Lipschutz, Ronnie D. y Judith Mayer (1996). *Global Civil Society and Global Environmental Governance: The Politics of Nature From Place and Planet*. Albany, N.Y.: State University of New York Press.
- Martínez-Alier, Juan (2002). *The Environmentalism of the Poor. A Study of Ecological Conflicts and Valuation*. London: Edward Elgar Publishing.
- McAdam, Doug, Sidney G. Tarrow y Charles Tilly (2001). *Dynamics of Contention*. Cambridge, U.K.; New York: Cambridge University Press.
- McCarthy, John D. (1997). «The Globalization of Social Movement Theory.» En J. G. Smith, C. Chatfield y R. Pagnucco (eds.). *Transnational Social Movements and Global Politics: Solidarity Beyond the State*. Syracuse, N.Y.: Syracuse University Press.
- McMichael, Philip D. (2005). «Globalization.» En Thomas Janoski et al. (eds.). *The Handbook of Political Sociology: States, Civil Societies, and Globalization*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____(2000). *Development and Social Change: A Global Perspective*. Thousand Oaks, Calif.: Pine Forge Press.
- Meyer, John W. (2001). «Globalization, National Culture and the Future of the World Polity.» Conferencia Wei Lun (pronunciada en The Chinese University of Hong Kong, 28 de noviembre).
- Miller, John (2003). «Why Economists Are Wrong About Sweatshops and the Antisweatshop Movement.» *Challenge* 46(1), 93-122.
- Mitter, Swasti (1994). «On Organising Women In Casualised Work: A Global Overview.» En Swasti Mitter y Sheila Rowbotham (eds). *Dignity and Daily Bread: New Forms of Economic Organising Among Poor Women in the Third World*. London: Routledge.
- Mohanty, Chandra (2003). *Feminism without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*. Durham, NC: Duke University Press.
- Naples, Nancy A. y Manisha Desai (ed.) (2002). *Women's Activism and Globalization: Linking Local Struggles and Transnational Politics*. New York: Routledge.
- O'Brien, Robert (2000). «Contesting Global Governance: Multilateral Economic Institutions and Global Social Movements.» Cambridge, UK; New York: Cambridge University Press.

- Polanyi, Karl (2001) [1944]. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston, Mass.: Beacon Press.
- Pulver, Simone (2004). «Power in the Public Sphere – The Battles between Oil Companies and Environmental Groups in the UN Climate Change Negotiations». Tesis doctoral, Department of Sociology, University of Berkley.
- Risse-Kappen, Thomas (2000). «The Power of Norms versus the Norms of Power: Transnational Civil Society and Human Rights.» En A. Florini y N. K. K. Senta (eds.). *The Third Force: The Rise of Transnational Civil Society*. Tokyo: Japan Center for International Exchange; Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace: Brookings Institution Press [distribuidor].
- Risse-Kappen, Thomas, Steve C. Ropp y Kathryn Sikkink (1999). *The Power of Human Rights: International Norms and Domestic Change*. New York: Cambridge University Press.
- Rodrik, Dani (1997). *Has Globalization Gone Too Far?* Washington, D.C.: Institute for International Economics.
- Ruggie, John (1994). «At Home Abroad, Abroad at Home.» *International Liberalization and Domestic Stabilization in the New World Economy. Millennium: Journal of International Studies* 24(3), 507-526.
- _____ (1982). «International Regimes, Transactions and Change: Embedded Liberalism in the Post-War Economic Order.» *International Organization*, 36(2).
- Schulz, Markus S. (1998). «Collective Action across Borders: Opportunity Structures, Network Capacities, and Communicative Praxis in the Age of Advanced Globalization.» *Sociological Perspectives* 41, 587-616.
- Shaiken, Harley (1994). «Advanced Manufacturing and Mexico - A New International Division-of-Labor.» *Latin American Research Review* 29(2), 39-71.
- Sikkink, Kathryn (2002). «Restructuring World Politics: The Limits and Asymmetries of Soft Power.» En Sangeev Khagram, James V. Riker y Kathryn Sikkink. *Restructuring World Politics: Transnational Social Movements, Networks and Norms*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Sikkink, Kathryn y Jackie G. Smith (2002). «Infrastructures for Change: Transnational Organizations, 1953-1993.» En S. Khagram, James V. Riker y K. Sikkink. *Restructuring World Politics: Transnational Social Movements, Networks and Norms*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Smith, Jackie G. y Hank Johnston (2002). *Globalization and Resistance: Transnational Dimensions of Social Movements*. Lanham, Md.: Rowman & Littlefield.
- Snow, David A. et al. (1986). «Frame Alignment Processes, Micromobilization and Movement Participation.» *American Sociological Review* 51(4), 464-481.
- Soysal, Jasmine (1994). *Limits of Citizenship: Migrants and Postnational Membership in Europe*. Chicago: University of Chicago Press.
- Spivak, Gayatri (1996). «'Woman' as Theater: United Nation's Conference on Women, Beijing, 1995.» *Radical Philosophy* 75, 2-4.
- Staudt, Kathleen A. (1997). *Women, International Development and Politics: The Bureaucratic Mire*. Actualizado y ampliado en *Women in the Political Economy*. Philadelphia: Temple University Press.
- Stiglitz, Joseph (2002). *Globalization and its Discontents*. New York: W.W. Norton.
- Tarrow, Sidney G. (2002). «From Lumping to Splitting: Inside 'Globalization' and 'Resistance'.» En Jackie Smith y Hank Johnston (eds.). *Globalization and*

- Resistance*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- _____ (2001). «Transnational Politics: Contention and Institutions in International Politics.» *Annual Review of Political Science* 4, 1-20.
- _____ (1998). *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*. 2 ed. *Cambridge Studies in Comparative Politics*. Cambridge, UK; New York: Cambridge University Press.
- Tarrow, Sidney (2003). «Confessions of a Recovering Structuralist.» *Mobilization* 8, 134-141.
- Thayer, Millie (2002). «Feminists and Funding: Plays of Power in the Social Movement Market.» Manuscrito no publicado.
- _____ (2001). «Transnational Feminism: Reading Joan Scott in the Brazilian Sertão.» *Ethnography* 2(2), 243-271.
- _____ (2000). «Traveling Feminisms: From Embodied Women to Gendered Citizenship.» En Michael Burawoy, Joseph A. Blum et al. (eds.). *Global Ethnography: Forces, Connections, and Imaginations in a Postmodern World*. Berkeley: University of California Press.
- Tilly, Charles (1995). «Globalization Threatens Labor's Rights.» *International Labor and Working Class History* 47, 1-23
- _____ (1991). «Prisoners of the State.» *Working Paper* n. 129, *Center for Studies of Social Change*, New York.
- UNDP (1999). *Human Development Report*. Oxford: Oxford University Press.
- Voss, Kim y Rachel Sherman (2000). «Breaking the Iron Law of Oligarchy: Union Revitalization in the American Labor Movement.» *American Journal of Sociology* 106(2), 303-349.
- Vuola, Elina (2002). «Remaking Universals? - Transnational Feminism(s) Challenging Fundamentalist Ecumenism.» *Theory Culture & Society* 19(1-2), 175.
- Wade, Robert (2001). «The US Role in the Malaise at the World Bank: Get Up, Gulliver!» Ensayo presentado en las reuniones anuales de la *American Political Science Association*, San Francisco, agosto.
- Wapner, Paul (1995). «Politics Beyond the State - Environmental Activism and World Civic Politics.» *World Politics* 47(3), 311-340.
- York, Jodi (2002). «Forests for Whom? Ethnic Politics of Conservation in Northern Thailand 1996-2001.» *Berkeley Journal of Sociology: A Critical Review* 46, 132-154.